



BOSQUECILLO DE SAINT-IRE.

EL LOBO Y EL CORDERO.

VI.

Al anocheecer salió M. de Noirmont de la quinta despues de haberse provisto de una pistola para todo evento: á fin de que nadie le observara saltó el muro del parque. Dando vuelta luego al bosquecillo para asegurarse de que no era espionado, penetró en él ya de noche por el lado opuesto á la quinta. Apenas dió algunos pasos en el ya oscuro sendero, salió Leona de entre el ramaje, y en pos un hombre con el traje de los aldeanos de la Normandia. M. de Noirmont montó su pistola.

— Señor conde, dijo el desconocido tendiéndole la mano; vais á cambiar las señas y á dar muerte á vuestro mas afectuoso amigo: al menos tengo la presuncion de creer que mi conducta....

— Tengo el gusto de presentaros al señor de Stival, dijo Leona señalando al fingido aldeano.

— En verdad, caballero, dijo M. de Noirmont, ignoro si tengo algo que agradeceros, sin que sepa tampoco la clase de servicio que venís á prestarme.

— Incurrí respecto de vos en una grave falta... acaso necesitabais de un testigo ó de un padrino... y podeis dar gracias á esta encantadora digna criatura que me ha señalado la línea de mi conducta.

M. de Noirmont estrechó la mano de Leona, que se desasí con presteza adelantándose cautamente hácia el centro del bosque, y haciendo señas á sus dos compañeros para que la imitasen.

Habia salido la luna y comenzaba ya á despedir sus rayos de plata á través de los árboles: vagaban en el cielo rápidas nubes; y una ligera brisa estremecía las hojas. M. de Noirmont sintió palpitar su corazon con violencia dentro del pecho; le parecía que iba en pos de un infortunio que habia de pesar sobre él por toda la vida.

Despues de avanzar algunos pasos se detuvo Leona. Acababa de pasar una sombra por delante de ella: á poco se abrió muy despacio la puertecilla del parque: salió de allí una mujer, y habiendo vacilado algunos instantes se encaminó al fin hácia el bosque con veloz planta; en el mismo momento fue á su encuentro un hombre que se hallaba oculto entre las ramas: entablaron ambos una conversacion animada, cuyos sonidos se per-

dian entre el murmullo del viento, entre los medidos álamos: M. de Noirmont y Stival por mas que se acercaron no pudieron oír sino algunas palabras confusas, sin distinguir de los interlocutores otra cosa que sus sombras bosquejadas en el césped por los rayos de la luna. Leona se deslizó á través de las matas, arrastrándose con la soltura y la agilidad de un tigre pronto á caer sobre la presa. Luego que hubo llegado detrás de su enemiga dió un salto y la arrancó el velo que cubria su rostro gritando al mismo tiempo.

— M. de Noirmont aqui los tenemos.

Pronunciado este nombre se oyó un terrible grito: acudió el conde pálido y trémulo y seguido de Stival. La infeliza quien acababan de sorprender yacia en el suelo desmayada: acercóse M. de Noirmont y reconoció á Luisa... Enrique de Pons, lleno de espanto parecia como si buscara en vano aliento en sí mismo para emprender la fuga. Loco de furor el conde se aproximó á él y asiéndole con mano de hierro apoyó con la otra el cañon de su pistola en el pecho de Enrique: salió el tiro y el agresor vino á tierra. Inclinándose luego hácia Luisa y acosado de mortal desvarío M. de Noirmont la tomó en sus brazos y echó á correr hácia la puertecilla del parque: aun tenia la infeliz la llave entre sus crispados dedos: abrió el conde y los criados, atraidos por la detonacion acudian con luces en aquel mismo instante.

Luisa fue conducida á su estancia donde no tardó en volver en su acuerdo. En vano fue á buscar á Mna. de Bornes, habia desaparecido en el tumulto á que dió margen aquella ocurrencia que puso en movimiento la granja y la aldea de Saint-Ires.

(Continuará.)

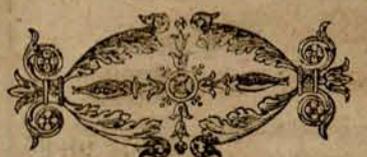
REVISTA DE TEATROS.

Hemos leído en *El bien del Pais* un remitido en que se supone que el señor don Antonio Gil y Zárate suele enamorarse de los asuntos que elige para sus tragedias el señor don Francisco Hernandez Pizarro. Gratuita en extremo nos parece semejante suposicion de plagio, pues el distinguido poeta autor de *Guzman el Bueno* no ha menester apelar á esos medios vedados para brillar en escena. Para probar lo que en el remitido se supone convendria señalar las escenas ó situaciones en

que el drama del señor Gil y Zárate se parece á la tragedia del señor Pizarro. Esto en cuanto á *Guzman el Bueno*. Acerca del *Gonzalo de Córdoba* es todavia la suposicion mas vaga, pues no es conocido el drama que debe representarse en el teatro del Príncipe á beneficio del señor Romea. Solo nos parece exacta una idea emitida en el mencionado remitido, y es la fábula y la historia son patrimonio de todos; verdad que puede corroborarse sin hablar de otro asunto que el de *Gonzalo de Córdoba*; asunto en que hizo don José Maria Diaz su primer ensayo dramático cuando estudiaba primer año de filosofía y antes que el señor Pizarro diese al Príncipe su tragedia, asunto que inspiró al señor Gabito un drama que fue aplaudido en el teatro de Tacon en la Isla de Cuba; y asunto en fin que añadirá sin duda un nuevo laurel á la corona que ciñe las sienes del señor Gil y Zárate.

Censura el Eco del Comercio, no precisamente que se le haya concedido al señor Rubí la cruz de Carlos III, sino que se haya citado en el decreto con letra bastardilla *La Rueda de la Fortuna*, y que se le haya dispensado al agraciado de pruebas y de gastos. Es á cuanto puede llegar el espíritu de oposicion: formule el Eco contra el gobierno toda especie de cargos; mas no critique bajo ningun concepto la escasa proteccion que por varios modos dispense á la literatura. Ni es justo tampoco el Eco cuando supone, aparentando dudas, que no se le habrá concedido la cruz al señor Rubí solo por *La Rueda de la Fortuna*, pues en el decreto se habla ante todo de sus méritos literarios, sobradamente tomados en cuenta por el público que ha aplaudido una tras otra once producciones del señor Rubí, y ha leído con avidez su precioso tomo de *poesías andaluzas*.

No sabemos á beneficio de qué actor se estrenarán tres piececitas cada una en un acto que presentará en breve en el teatro de la Cruz el señor Martinez Villergas para que se ejecuten en una misma noche.



COSTUMBRES.

REVENDEDORES DE BILLETES.

Si los despachos de los teatros de la capital estuvieran bien establecidos, si en vez de permitirse que antes de la hora de abrir tomen por asalto los puestos desde donde se puedan conseguir los billetes que uno pida, porcion considerable de hombres, que suelen ser vagos, sin otra industria ni ocupacion que esta, y que para mas asegurar ganancias han formado una especie de compañía, destinada á rechazar por cualquier medio á las personas, que no perteneciendo á tan distinguida sociedad, están ignorantes de los peligros á que se esponen si tratan de disputarles el terreno ó cuentan con el suficiente valor y humor bastante para andar á empujones y cachetes mientras les quitan el reloj y el bolsillo: si las empresas de teatros (porque ellas son las mas interesadas en que haya orden en este ramo) vigilaran para que los encargados del despacho cumplieran con su obligacion, vendiendo todos los billetes que el público pidiera, sin reservar ninguno ni darlos por docenas: si la primera vez que se descubriera que despues de responder á los que se acercan á la ventanilla *se han acabado los billetes* se despachaban por la puerta del costado, con el aumento de alguna gratificacion, á las personas que están en el secreto, se despediera á los encargados de despachar: si todas estas condicionales se cumplieran, la clase de revendedores no existiria, y por consecuencia yo no tendria materia para ocupar este articulillo. Pero nada de esto sucede, y si alguna vez en las primeras representaciones de funciones ruidosas se ha tratado de cortar este abuso, el medio que se ha empleado ha sido el menos á propósito. ¿A quén se le ocurre tomar todas las avenidas del teatro con caballeria ó infanteria, cual si se fuese á dar un asalto, si el mal está dentro, no en la calle? así es que sucedia: abriase la ventanilla, se agolpaban unas cien personas, se despachaban unos cuantos billetes con terrible estrépito y griteria, y cuando les parecia bien decian los que despachaban: *Ya se han acabado los billetes*; los revendedores no tomaban parte en esta escena, seguros de que luego que la gente marchara y se fuera la tropa habian de entregarles en propia mano los que quisieran, yendo á partir ganancias.

De modo que hasta el presente no se ha adoptado medio ninguno eficaz para evitar este comercio, y por consiguiente la especie de revendedores en lugar de perecer sigue en su auge.

Para mas quedar convencido de ello, no hay sino dirigirse á un teatro (cualquiera de ellos) y al momento se ve uno acometido, cercado, oprimido y casi prensado por una porcion de individuos de no muy católica traza, unos con capa, otros en chaqueta, que se aunan para estorbar el paso, y tendiendo varias manos negras y callosas, en las que sujetan algunos pedazos de cartón que les falta poco para metérselos á uno en las narices, dicen:

— ¿Quiere Vd. una luneta, caballero?...
— Ah, mi señor, yo se la daré á Vd. mas barata.
— Ah! caballero, cómpremela Vd., que mi muger está mala y no tengo que dar de comer á mis hijos.

— ¿Quiere Vd. una galeria? yo tengo la mejor de todo el teatro.

— ¿Cuánto pide Vd. por ella?

— Me dará Vd. 12 reales.

Despues de gastar no poca conversacion entre comprador y revendedor se ajustan; el primero entra y se instala en su asiento: algunos momentos despues llega un caballero, se pone á leer los números próximos á nuestro comprador, y por fin le dirige la pregunta siguiente:

— Me hace Vd. el gusto de decirme el número de su billete? porque creo se ha equivocado usted y no está en su sitio.

— Si, señor, yo estoy en puesto; y sino vea usted, tengo el 34.

— Es singular! no puede ser, caballero; yo tengo el mismo.

Entonces entran las esplicaciones entre los dos rivales, que no pueden creer que la empresa quiera colocar dos personas en cada puesto; el acomodador los saca pronto de la duda examinando las contraseñas de ambos billetes y declarando que el que ocupa el puesto tiene que abandonarlo, porque su billete es falso.

Suele suceder que el que toma por la mañana billete, por cualquier accidente imprevisto no puede asistir á la funcion, y envia á su criado á la puerta del teatro por si alguno los quiere tomar por el mismo ó menos de su valor.

Con estos es con quienes los revendedores chocan tan pronto como los ven, y á quienes tienen guerra declarada, porque ellos se creen con un derecho, á ser los únicos dueños de aquel terreno; así que divisan á uno se juntan varios y le dicen:

— Qué traes aquí, quieres largarte pronto....
— Pues yo ofrezco una peseta que es mas que lo que ella vale.

El criado los contesta:

— Y qué les importa á Vds. yo quiero quedarme aquí... esta bueno... pues que la calle no es lo mismo de Vds. que mía.

Si entonces se presenta algun comprador y como es natural prefiere los billetes del muchacho que los dá por su precio, ó por menos de él, entonces los revendedores se enfurecen, pegan con él y le artan de golpes, él procura defenderse y se refugia en una tienda, visto lo cual agarra el tendero la vara de medir y grita:

— Vamos haber canalla, quereis que salga y os rompa la vara en la cabeza.

Los combatientes se separan y alejan, la confusion se disipa y la calma se restablece por algunos minutos.

Hay algunas personas que no van al teatro hasta despues del primer acto, entonces suelen tomar los billetes á menos precio que en el despacho, si algunos revendedores se han quedado todavia con ellos; y es de ver la elocuencia de esta gente, para deshacerse de su mercancía, que poco tiempo despues no tendrá ningun valor.

— Quiere Vd. una luneta, mi amo... todavia no ha hecho mas que empezarse el segundo acto... la funcion es preciosa, escuche Vd. qué palmo-teos... si le acomoda á Vd. mas una galeria tengo la mejor de todo el teatro... se estrenan tres decoraciones, vamos, caballero, entre Vd.

En esto le mete el billete en la mano diciendo:

— Tome Vd. aunque no me le pague hasta la salida.

Si la funcion no gusta, y por el contrario están silvandola, entonces los revendedores dan los bi-

lletes por la décima parte del valor que representan, y á veces de balde.

Asi es que esta mercancía se vende como el papel moneda, tiene su curso, su alza y su baja, segun el éxito de sus funciones.

Los revendedores compran tambien billetes de los que se ven precisados á salir al principio de la funcion, y quieren recobrar una vigésima parte de lo que les costaron, esta costumbre dió lugar no ha mucho tiempo á la siguiente aventura.

Un matrimonio recién venido de Galicia, fué á la siguiente noche de su llegada al teatro del Principe; se estrenaba un drama original, de un acreditado autor, (digo si era novedad, en el coliseo *frances de Madrid*) la concurrencia era muy numerosa, habia pasado el primer acto con general aplauso; por cuanto la señora forastera, que padecia de fuertes jaquecas, se sintió atacada de una, que la obligó á hacer señas desde la segunda fila de la cazuela en que se hallaba, á su marido que estaba en la galeria, y que acudió lo mas pronto que le fué posible, á buscar á su muger, la cual le dijo, seria mejor retirarse á casa, porque no podia sufrir mas.

Apenas nuestros forasteros habian salido del teatro, cuando se vieron rodeados por unos cuantos hombres mal vestidos, que los cercaban y oprimian, gritando á los oídos del marido que llevaba el billete de la galeria en la mano.

— Quiere Vd. vendérmela, caballero, vamos, si Vd. no piensa volver yo se lo compraré á Vd. por la mitad de su valor.

— Yo se la pagaré á Vd. mejor.

— Pues yo ofrezco una peseta que es mas que lo que ella vale.

Nuestros provincianos que ignoran el comercio de billetes que los revendedores han establecido creen que es una proposicion de otro género, el marido se llega á persuadir que es por su muger por quien ofrecen una peseta, asegurando que es mas que lo que ella vale. La muger cree que aquellos hombres quieren llevarla y separarla de su marido al cual dice: déjalos, no los haga caso: el matrimonio se llena de terror y de espanto, se estrecha uno contra otro, y el marido esclama:

— Cómo!... que yo la ceda... que yo la venda... vuestra proposicion es infame.

La muger le dice:

— Amigo mio no les haga caso... ofrecerte una peseta... esos son tunantes: que se sufran tales cosas en la corte, á la puerta de un teatro... huyamos, amigo mio, huyamos.

— Preguntar que si queria venderte, qué horror! Déjame pasar, ladrones, ó sino llamo á la guardia.

— Oh! vámonos por Dios, que mi jaqueca se aumenta horriblemente.

El matrimonio se pone en precipitada fuga, sin atreverse á mirar atrás y haciendo propósito de no volver al teatro, por no sufrir tales insultos, cuando llegan á su habitacion el marido abraza á la muger, y con ternura exclamando:

— Infames, ofrecerme una peseta por ella, y esto se tolera en Madrid!

Otra porcion de lances suceden con la industriosa especie revendedora, la cual seria bueno hacer desaparecer, ahora que ya me ha dado materia para ocupar un trecho en las columnas de la Revista de Teatros.

EL INCOGNITO.

TEATROS.

PRINCIPE.

A las siete y media de la noche.
1.º Sinfonia á completa orquesta.
2.º Décima representación de la comedia nueva, y en cuatro actos, y en verso, original de don Tomas Rodriguez Rubi, titulada

LA RUEDA DE LA FORTUNA.

| PERSONAJES. | ACTORES. |
|--------------------|---------------------|
| Marquesa. | Sras. Díez. |
| Clara. | Lamadrid. |
| Petronila. | Llorente. |
| Zenon. | Sres. Romea (D. J.) |
| Conde. | Romea (D. F.) |
| Duque. | Subrado. |

| | |
|---------------------|---------------|
| Mauricio. | Guzm. (D. A.) |
| D. Diego. | Noben. |
| Keen. | Perez. |
| Caballeros. | García. |
| | Paris. |
| Ugieres. | Sanchez. |
| | Lledó. |
| Portero. | Ornero. |
| | Fernz (D. J.) |

3.º La inglesa paso bailable, ejecutado por los niños Doña Petra Pajilla, Doña Sabina Moreno, Doña Francisca Prieto, D. Angel, D. Antonio y D. Andres Estrella.

4.º Terminará el espectáculo con un divertido sainete.

En todos los intermedios tocará la or-

questa piezas escogidas de óperas y Walses de Straus.

CIRCO.

A las siete y media de la noche.

EL NUEVO MOYES,

ópera seria en cuatro actos.

TEATRO DE LAS TRES MUSAS.

Sito en la plazuela de la Cebada núm. 96 cuarto principal.

Hoy no hay funcion.

NOTA. Mañana se ejecutará la celebrada comedia en 3 actos, en verso, de Maestro Tirso de Molina cuyo título es

LO QUE SON MUGERES, Ó GIBAJA EL CASAMENTERO.

La Krakowiana bailada por los niños Doña Josefa Guilló y D. Juan Oliva, discípulos del profesor don Gaspar Guilló, terminando el todo de la funcion con un gracioso y divertido sainete.

Los precios de entrada y localidades se anunciarán por carteles.

IMPRESA DE BOIX.